

Juan Ruiz, o el vehículo de aprendizaje literario de Leopoldo Alas

La transcripción y publicación en 1985 del periódico manuscrito *Juan Ruiz*¹, que había sido custodiado más de ochenta años por la familia de Adolfo Posada, nos permite penetrar por vez primera en los orígenes juveniles de la vocación de escritor de Leopoldo Alas, su autor, pues si su fondo trasluce continuamente al adolescente que lo redactó, su forma evidencia ya, en cambio, un notable grado de madurez. *Publicado* semanalmente —luego dos veces por semana— entre el 8 de marzo de 1868 y el 14 de enero del año siguiente (cuando tenía Leopoldo dieciséis y diecisiete años) por un «autor único» llamado Juan Ruyz —más tarde, Ruiz—, quien, a pesar de haber *empleado*, en su calidad de *redactor-jefe* del periódico que lleva su nombre a dos *colaboradores* más, Mengano y Benjamín, es, como él mismo dice al final, «un solo joven verdadero y muy listo por más señas», el texto de este «*periódico humorístico*» se caracteriza por una gran complejidad de composición. *Muy listo*, en efecto, fue su autor, quien iría ensayando a lo largo de sus páginas una variedad de técnicas narrativas y creando asimismo una pluralidad de voces, entre ellas las de algunos imaginarios lectores. Esta obra, inédita hasta hace poco, acerca de la que ya he publicado un comentario preliminar², le serviría de instrumento de autoaprendizaje al joven asturiano, cuyo crecimiento como escritor puede bien percibirse a lo largo de sus cincuenta números.

Aprende imitando. Tanto en su forma —número fijo de páginas, encabezamientos, orden de materias, secciones fijas— como en su fondo —escritos en prosa o verso, completos o incompletos, fragmentos y a veces continuaciones—, cada uno de los ejemplares de este periódico es una miniatura expresamente diseñada sobre el modelo de algunas publicaciones satíricas de la época. Esta diversidad dentro de la uniformidad de los números que, como cincuenta eslabones de una cadena, integran la colección, permitirá al joven aprendiz desplegar sus talentos literarios en un abanico de direcciones, algunas de las cuales evidencian, en el volumen total que ahora tenemos ante la vista, los primeros pasos del desarrollo artístico de su autor como resultado de su voluntarioso empeño de llevar a cabo regularmente lo que se había propuesto. Dentro del molde formal adoptado, la colección completa del periódico muestra también una evolución interna al reflejar el paso de las estaciones del año, fiestas religiosas, sucesos públicos

¹ *Transcripción, introducción y notas de Sofía Martín-Gamero, Madrid, Espasa-Calpe.*

² «Juan Ruiz *al descubierto*: Un inédito de Leopoldo Alas», *Insula*, Año XLI, núms. 470-471 (enero-febrero 1986), pp. 12 y 26.

locales, nacionales y aún internacionales, acontecimientos literarios, la prensa ovetense y madrileña con la que finge polemizar, e incidentes personales, más o menos encubiertos, de la vida de Leopoldo Alas. Sin duda pueden advertirse incongruencias y falta de continuidad en las páginas de *Juan Ruiz*, pero la colección entera del periódico constituye sin duda una unidad, ya que el último número remite formalmente al primero, cerrando así su autor el proyecto que se había propuesto.

Lejos de convertirse en una monótona rutina, la disciplinada regularidad con que se escribieron los números de *Juan Ruiz* parece haberle otorgado a su *listo* autor infinitas oportunidades para experimentar, no sólo con diversas formas de versificación y de técnica narrativa, sino también con una enorme variedad de voces que, tanto en cada número del periódico como dentro de cada uno de los escritos que éste contiene, le lleva a crear una multiplicidad de puntos de vista al mismo tiempo que afirma con creciente seguridad el suyo propio. Así, uno de los elementos más interesantes en *Juan Ruiz* es el diálogo, que invade la obra entera en todas sus facetas: entre personajes ficticios, *dramatis personae*, voces poéticas; del redactor-jefe con sus suscriptores (no desprovistos de pretensiones literarias muchos de ellos), con amigos y conocidos, con escritores verdaderos —vivos o muertos—, y con sus dos colaboradores principales, Mengano y Benjamín, cada uno de los cuales, a su vez, introduce el diálogo en el interior de sus respectivos escritos. En definitiva, siendo todo ello ficticio, puede reducirse a una especie de incesante diálogo de Juan Ruiz, es decir, del joven Leopoldo Alas, consigo mismo —un ejercicio que le prepara para la actitud polémica del futuro crítico Clarín, así como para la creación de personajes y de perspectivas plurales en los cuentos y novelas de su madurez. Es este aspecto del aprendizaje de nuestro escritor el que quisiera comentar aquí, fijando la atención sobre todo en los primeros números del periódico.

Antes de la aparición, en el número 17, de las primeras colaboraciones de Mengano y Benjamín, la voz de Juan Ruyz —probable anagrama hecho con letras a la inversa de AlaS Y UReña³— domina las páginas del periódico donde, además de utilizar el diálogo dentro de sus diversos escritos en prosa y verso, dialoga constantemente consigo mismo a través de unos desdoblamientos curiosos, así como también en textos que evidencian una incesante preocupación por el proceso mismo de escribir. Ya en esta primera fase, el *poeta* Juan Ruyz muestra una notable habilidad mimética para parodiar diferentes tipos de versificación⁴, introduciendo con ello una gran diversidad de temas y tonalidades. Además de incorporar en numerosos poemas el diálogo, se dirige en varias ocasiones al lector o los lectores, o a algún destinatario específico⁵, creando de este modo una sensación de diálogo. A veces su parodia estilística le lleva a terminar una

³ El apellido se escribe así, con y griega, hasta bastante más tarde (véase mi estudio «Juan Ruiz al descubierto: Un inédito de Leopoldo Alas», donde comento más en detalle este nombre).

⁴ En un artículo —por cierto, de forma dialogada— titulado «Recuerdos» (núm. 2), el autor se jacta de saber más de retórica que un catedrático suyo. En el periódico *Juan Ruiz*, acá y allá, pueden detectarse indicios de que uno de los impulsos que movieron al joven Leopoldo en su proyecto fue el deseo de mostrar, aunque fuera en el ámbito reducido de su publicación, sus propias capacidades literarias frente a profesores mediocres, estudiantes de más pretensiones que dotes y frente a las ramplonerías de la prensa, en especial la de la futura *Vetusta*.

⁵ Por ejemplo, «A Gea-Rusell» (núm. 4), o «A un suicida (Octoendecasílabos)» (núm. 8).

composición supuestamente elevada con un chiste o especie de chascarrillo,⁶ para establecer una ruptura —y contraste— de tono. Se produce semejante contraste cuando el poeta, conversando consigo mismo, comenta su propia obra⁷.

Dado que la carrera literaria de Leopoldo Alas fue la de un prosista y no la de un poeta, es natural que nos interese ante todo en esta primera manifestación de su actividad —el periódico *Juan Ruiz*— el examen de los escritos en prosa que contiene y que, por lo demás, son de calidad superior a la de los versos. Como en éstos, se advierte en la prosa de *Juan Ruiz* una gran variedad de temas y tonos, aunque predomina en ella la intención satírica. Se encuentran ahí, en narraciones breves, en bocetos, en pequeñas dramatizaciones, en retratos, en biografías y en artículos diversos, diálogos puestos en boca de interlocutores personalizados o no, lo cual constituye evidentemente un ejercicio preparatorio para la obra futura de Alas. Aparte de estos diálogos internos, Juan Ruyz mantiene uno continuo con sus supuestos lectores, dirigiéndose frecuentemente a ellos como «VV», «señores» o «señores y señoras», fórmula retórica que el crítico Clarín usará más tarde en sus artículos. Muchas veces Juan Ruyz dialoga consigo mismo en una especie de autorreflexión, asumiendo incluso la postura de criticar su propia labor de escritor⁸.

La voz que domina esta primera fase del periódico es, según queda señalado, la de Juan Ruyz mismo, quien firma con este nombre los artículos de entrada y además da a una sección fija el título de «Cosas de Juan». Aunque la mayor parte de los otros escritos no llevan firma, se supone que son también producto de su pluma. La última sección «Correspondencia de Juan», está firmada; casi siempre, con las iniciales L.A.U., que son, claro está, las de Leopoldo Alas Ureña, remitiendo así a la identidad del hombre real. En esta sección se mantiene una copiosa correspondencia con multitud de imaginarios suscriptores, identificados por sus iniciales⁹ y diseminados por todo el globo terráqueo, con la cual se supone contesta a cartas recibidas acerca de asuntos que el periódico ha tratado o que se relacionan con él, creándose de este modo la sensación de voces

⁶ Como en el caso de «... Cayeron!!!», poema dirigido a Fabio, donde una lista de serias caídas termina con la de «mi gata [que] cayó de un cuarto piso» (núm. 1); u «Otro sonetazo (Como el de marras o peor)», donde el terrible dolor que sufre el poeta resulta ser causado por el ama, «que no puso orinal bajo mi cama» (núm. 8).

⁷ Así la tercera parte de «Una junta local» termina con el comentario parentético «Gracias a Dios que se acabó» (núm. 16).

⁸ Citándose a sí mismo de joven en el número 2, dice: «También yo, cuando hacía pinitos en literatura, escribía sobre la esclabitud [sic] y me acuerdo que uno de mis artículos empezaba: "Monstruos europeos oíd mi voz y temblad porque ella es el eco de Dios que vibrará en lo más recóndido [sic] de vuestra conciencia..." Lo que va de ayer a hoy». En «Más música (Esta es la celestial)» se despide con «Sí, señores, está escrito, y si no carta canta» (núm. 7); y al final de «¿Y bien?» escribe: «El articulillo no tiene gracia. Ni malicia» (núm. 8).

⁹ Sirve de excepción el caso de Teodoros, emperador de Abisinia, personaje real a cuya supuesta carta —citada en el número 7— contesta Juan Ruyz en la sección de Correspondencia del mismo número (comento esta relación más detalladamente en mi antes citado estudio de Juan Ruiz «MDNM»). Aunque muchos de estos suscriptores deben de ser creaciones ficticias, es posible que correspondan algunas iniciales con las de personas reales. En esta fase de Juan Ruiz aparecen las del autor —«Dn. L.A.U. (París)»— una vez, en el número 4.